

EL ORO EN LA POST-GUERRA

No podemos presumir todavía la forma que habrá de tomar la economía futura del mundo, o siquiera la de las naciones que hayan de salir vencedoras en el conflicto actual. Dentro de ellas estará Rusia, que habrá aportado para obtener la victoria parte tan esencial como la de las democracias; pero estarán también éstas, que en la coordinación de los sistemas subsiguientes a la paz influirán poderosamente para que subsistan nuestras instituciones de acuerdo con el concepto de orden social que tenemos, que no puede excluir el capital, por más que se modifique su influencia y se den prerrogativas al trabajo.

Aunque Rusia se clasifica a sí misma también dentro de la denominación de democracia, su estructura social difiere profundamente de la nuestra de tipo capitalista; pero esta tendrá que preservarse en su esencia, porque de lo contrario se habría perdido la guerra, y porque es más amplia, está más dotada de estímulos para la persona humana, es más universal en sus fines, y sobre todo más perfectible que la forma excluyente de democracia ejercida por una sola clase o por un solo partido.

Dentro de las incógnitas que nos reserva el porvenir, está la del uso del oro como moneda o como medida de valores, cuestión que desde hace varios años ha venido despertando una inquietud universal, y ha hecho surgir la teoría, sostenida por no pocos economistas y tratada de llevar a la práctica por algunos estados, de que este metal no sólo ha perdido ya su puesto dentro de los valores de cambio, sino que llegará a ser eliminado del campo de las finanzas y de la economía, destinándose apenas a los usos industriales, artísticos o de otro género para los cuales pueda servir.

Una declaración de la mayor importancia a este respecto ha sido hecha en el Congreso de los Estados Unidos por Mr. Marri-

mer Eacles, Presidente de la Junta de Gobernadores del Sistema de la Reserva Federal, en los siguientes términos:

“Creo que las reservas de oro no tienen relación alguna con el valor de los papeles en el mercado. Niego que el monto de las reservas de oro, las necesidades en oro, tengan nada que hacer con el nivel de los precios, lo que significa que ellas no tienen influencia alguna en el valor de la moneda”.

Esto es absolutamente cierto en la hora actual. Pero de ello no pueden desprenderse las dos presunciones que con bastante pesimismo para el futuro del oro han tratado de deducirse, a saber: 1a. Que las cosas hayan de continuar lo mismo en la post-guerra, y 2a. Que el precio del oro sea hoy o vaya a ser en el futuro menor.

En cuanto a la primera presunción cabe válidamente formular la contraria, si se tiene en cuenta que Estados Unidos y Gran Bretaña son precisamente los dos países más interesados en que el oro tenga siempre su papel básico, por las enormes cantidades de este metal que poseen y que producen, por la necesidad en que están de redistribuirlo y no perderlo, reanudando por medio de él transacciones internacionales estables, y finalmente por el sistema capitalista en sí mismo, que querrán preservar, cualesquiera que sean las modificaciones que éste sufra. El sistema capitalista tiene que cimentarse en un valor invariable que sirva de punto de referencia a todos los otros valores, y que tenga la virtud permanente de ofrecer una posibilidad de adquisición exactamente proporcional al esfuerzo requerido para producirlo. Una confirmación de esto la ofrecen los planes financieros sometidos a la consideración universal por el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Mr. Morgenthau, y por el economista inglés M. Keynes, prohijadas por los gobiernos norteamericano y británico, en los cuales se establece la base del oro, aunque rigurosamente este metal no sea entregado en las transacciones.

En cuanto a la segunda presunción, o sea la de que el oro perderá su valor o parte de él, parece todavía más infundada que la primera.

En efecto: la historia de la moneda metálica, desde los tiempos en que aparece su conocimiento, no registra sino una disminución permanente del peso por unidad de dicha moneda, o lo que es lo mismo, una valorización del metal. Ha habido ciertamente épocas en que una abundancia súbita, como la producida para el oro

por el descubrimiento de América, le ha desvalorizado temporalmente; y para la plata se ha mantenido una continua desvalorización con respecto al oro, ocasionada también en la abundancia de su producción. No obstante eso, el decrecimiento del contenido metálico de la unidad monetaria ha sido un fenómeno histórico constante; es decir que ha crecido el valor de los metales preciosos respecto de las otras mercancías al travez del tiempo.

La palabra **libra**, usada en las monedas inglesas y francesas, procede efectivamente de una libra de plata, la libra carolingia, que pesaba 367 gramos. Después de Carlomagno cada monarca fué disminuyendo un poco su peso, tratando de que conservara el mismo valor; y así fué cayendo paulatinamente dicho peso hasta tener apenas 5 gramos en la época de la Revolución. Fue bautizada entonces con el nombre de **franco**; y éste perdió también las cuatro quintas partes de su peso en la primera guerra mundial. La libra inglesa tuvo el mismo origen; y aunque en forma más lenta, también la ya abolida **libra esterlina** representaba una cantidad de metal inferior a la primitiva. En todo esto no se ve sino un sencillo proceso de valorización.

Y si del análisis de épocas pretéritas se pasa al examen de la muestra, los hechos no pueden ser más resaltantes ni concluyentes. La ley había fijado en los Estados Unidos desde 1900 el contenido del dólar en 25,8 gramos de oro de nueve décimos de fino; pero el 1o de febrero de 1934 el presidente Roosevelt por medio de una proclama rebajó ese contenido casi en una tercera parte—más precisamente a 59,6 centavos del valor anterior—quedando reducido por tanto a un peso de 0,887 gramos. Idéntica suerte corrieron todas las monedas devaluadas por otros países, entre ellas la nuestra, que de 1,464 gramos de oro puro fue reducida por nuestra ley 167 de 1938 a 0,5624 gramos de oro de novecientos milésimos, o sea casi la tercera parte de su contenido anterior.

Parece que la desmonetización del oro no reconoce otra causa en los últimos tiempos que la escasez o carencia de él para atender al creciente volumen de los pagos, y la creación de otros instrumentos destinados a satisfacer la enorme demanda de moneda en los mercados; pero así, desmonetizado y recluso como cosa estéril en los sótanos de los bancos, él no sólo mantiene su valor con respecto a las otras mercancías, sino que delante de él decrecen los de las demás especies que sirven como efectos de pago, en un proceso que puede llegar, y ha llegado ya, a perder la conexión directa

con el oro, pero que en ningún modo significa que éste haya perdido o vaya a perder su valor.

Y es que no hay una simple cuestión de capricho, ni una mística inmotivada en la predilección que ha tenido la humanidad a través de los siglos por el oro. Es que él tiene propiedades preciosas como mercancía, e insustituibles como moneda. Su homogeneidad, su inalterabilidad, su ductilidad, su inocuidad, para ser incorporado en el organismo humano, la belleza ornamental que posee, la sencillez de su transporte, su capacidad de mantenerse invariable en el tiempo contra todos los agentes destructores, y en último término la dificultad de extraerle de la tierra, han hecho de él una materia excesivamente valiosa, la única que puede servir satisfactoriamente como medida y patrón del precio de todas las otras.

Porque es admisible que puedan emplearse como patrón de medida de valores cosas distintas del oro: la unidad de trabajo, por ejemplo—hora o jornada humana—que preconiza el sistema marxista, o la unidad—mercancía—café o trigo verbi gratia—tan de uso práctico en las transacciones modernas. Pero la imposibilidad de ser percibidas en pago en cualquier lugar del tiempo y del espacio, de ser guardadas, transportadas etc., hacen de ellas valores inestables y convencionales, cuando no de creación caprichosa, que no pueden servir de base a un sistema económico seguro. El cambio de la riqueza implica siempre la entrega de un signo que la represente y que permita hacer efectivo su dominio o que tenga la virtud de valer tanto como ella; y ese papel lo ha desempeñado siempre el oro satisfactoriamente sin otras limitaciones que las debidas a su escasa cantidad. No importa que la conexión de valores entre esta mercancía y las otras no sea inmediata. No importa que se hagan imprecisas, confusas, vagas o aleatorias las relaciones entre el valor del oro y los otros valores del mercado. No por eso pierde este sus irreemplazables condiciones de agente monetario, del mejor agente monetario conocido en los siglos que lleva de desarrollo la economía social humana.

El oro puede considerarse como la base fundamental del sistema capitalista; y si éste ha de perdurar no podrá hacerlo prescindiendo de aquél. Cerca o lejos, a la mano o recluso, respaldando monedas inconvertibles o sin relación de valor inmediato con ellas, el oro proporciona el medio de hacer cálculos fijos en las empresas, provee la manera de hacer reservas utilizables en el

futuro, y ofrece la seguridad de contraer y liquidar compromisos.

En la estructuración del mundo futuro, pues, el oro tendrá un uso más o menos limitado; pero a él habrá de ocurrirse en las relaciones económicas de los pueblos como medida y concreción de valores de cambio y base de finanzas estatales o públicas en la organización capitalista que haya de subsistir, aunque ésta haya de tener acentuadas características comunistas. Puede pues afirmarse que el oro no perderá su uso, ni menos su valor.